
LOS DILEMAS ACTUALES DE CUBA*

Gerónimo de Sierra**

Este artículo no pretende encarar un análisis detallado de la sociedad y el Estado cubanos. Solo intenta reflexionar sociológicamente sobre algunas dimensiones relevantes de la sociedad y el sistema político, en sentido amplio, a más de treinta años del triunfo de la Revolución. Esas dimensiones forman parte de los problemas y dilemas que integran la agenda que muchos sectores sociales y los actores políticos cubanos discuten intensamente desde hace ya un buen tiempo.

UNA SOCIEDAD MADURA Y COMPLEJA

El primer elemento a jerarquizar en cualquier análisis actual sobre Cuba es el hecho de que estamos ante una sociedad que en el marco de la Revolución logró —sin salir por eso del mundo del subdesarrollo y la escasez de recursos— un alto grado de madurez y complejidad sociocultural. En treinta y tres años se produjeron grandes cambios en la estructura familiar, territorial, productiva, educativa y de satisfacción de las necesidades básicas para amplísimas capas sociales.

Más allá de la actual crisis extrema de recursos materiales disponibles —y con antelación a la misma— es indudable que amplísimos sectores sociales han elevado subjetivamente la calidad y cantidad de demandas que plantean a

la sociedad y al Estado. Esto hace a las leyes sociológicamente conocidas de cómo se formulan y desarrollan en el imaginario colectivo las exigencias de consumo (en un sentido amplio y no sólo material).

Pero la madurez y complejidad no sólo se refieren a las demandas de “consumo”, sino que se manifiestan también en la estructura social. Nos referimos, por ejemplo, a los procesos de urbanización, a la expansión y complejidad del sistema educativo, a la vinculación de amplias masas con los problemas políticos nacionales (no sólo locales o sectoriales), etcétera. En una palabra, un proceso intenso de lo que habitualmente se designa como modernización sociocultural.

En particular, cabe señalar la existencia de centenares de miles de profesionales, científicos, técnicos de distintos niveles, artistas, escritores, profesores, deportistas, etcétera. La gran mayoría de ellos adquirieron su capacitación a través de cursos formales, lo que acentúa su profesionalización y por lo tanto la complejidad y diferenciación de sus grupos de referencia y de sus demandas específicas.

Todo lo anterior genera, desde la sociedad en general y desde ciertos sectores sociales precisos, un proceso creciente de demandas. Esas demandas se orientan principalmente al reclamo de: a) una creciente autonomía de organización y de reivindicación de intereses especí-

* Retomamos aquí las ideas centrales que expusimos en la mesa redonda “Cuba ante un mundo cambiante”, que tuvo lugar durante el XVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología realizado en la Ciudad de La Habana.

** Sociólogo, profesor e investigador en la Universidad de la República y en el CIEDUR, Montevideo, Uruguay.

ficos o sectoriales; b) una mayor participación e iniciativa autónoma en el plano sociocultural y político; c) un mayor refinamiento, amplitud y diversidad –formal y sustantiva– tanto de la prensa de masas como especializada; d) una mayor diversidad y autonomía en los modelos de vida cotidiana; y e) una mayor institucionalización y profesionalización de los mercados de trabajo, en particular en cuanto a los mecanismos de acceso y promoción en la escala de responsabilidades.

UN PAIS SUBDESARROLLADO Y AMENAZADO DESDE EL EXTERIOR

Una paradoja propia de la situación cubana es que al mismo tiempo que presenta esos caracteres de madurez y modernidad tanto por algunos determinantes históricos, como por la convivencia obligada con un largo bloqueo externo, sigue siendo una sociedad pobre y de limitados recursos. Fenómeno hoy agravado por la desaparición del Comecon, así como por la crisis económica y el cambio político de la ex URSS. Ello implica un horizonte duradero de alta escasez relativa de recursos y, por lo tanto, un límite estructural a la satisfacción de las demandas crecientes de consumo material y cultural diversificado. Este problema se ve agravado por la política de fuerte redistribución igualitaria impulsada por el gobierno socialista, la cual constituye uno de los ejes de legitimidad del régimen, y resulta difícil de modificar.

Junto a esta contradicción entre el modelo sociocultural de consumo –y más ampliamente de desarrollo– y los recursos escasos, la sociedad cubana se ve hoy sometida a la tensión entre las demandas crecientes de participación y democratización –en el plano político y en el de la gestión de las instituciones económicas, administrativas y culturales– y las limitaciones impuestas por el bloqueo y la

constante amenaza de agresión militar de los Estados Unidos. Este bloqueo y esta amenaza han generado inevitablemente una tendencia a crear y estabilizar reflejos de “militarización”¹ y rigidez relativa en la vida política y en amplios campos de la vida cotidiana.

El intenso debate que hoy se produce en Cuba sobre cómo encarar la ampliación y profundización de la democracia política, cómo combatir la burocratización y la rutina y otros temas conexos está profundamente atravesado por las tensiones y contradicciones objetivas que hemos señalado. Democratización política, democratización social y defensa de la soberanía nacional son así dimensiones que se entremezclan, y tienden a reducir los grados de libertad en las opciones, más allá incluso de la voluntad explícita de los actores, sobre todo si se tiene en cuenta la difícil situación macroeconómica.

LA RUTINIZACION DE LOS LOGROS Y DEL CARISMA

Otro aspecto central para entender el momento actual de la sociedad y la política cubanas es el hecho de que luego de más de treinta años de régimen socialista, para la gran mayoría de la población –especialmente para los millones de cubanos menores de 45 años– el conjunto de logros simbólicos y materiales de la revolución han sido rutinizados como componentes “naturales” de la sociedad y tienden a no ser considerados subjetivamente como conquistas excepcionales, sino como datos. Por lo tanto operan sólo débilmente como contrapeso para diferir en el tiempo las nuevas demandas que emergen “aquí y ahora”. Este es un fenómeno clásico en todo proceso social y político, y sólo puede ser desactivado o postergado en período de crisis aguda y por tiempo limitado.

El principal efecto de esta “rutinización de los logros” es que los individuos y los grupos sociales estructurados sobre bases objetivas

1 Usamos el término militarización en un sentido amplio y no como sinónimo de omnipresencia militar visible. Nos referimos a la contaminación entre la idea de tensión y conflicto abierto, y la idea de enemigo del régimen y peligro para la Revolución y sus logros.

tienden cada vez más a exigir aquello que "les falta", trasladándose hacia esas carencias la dinámica de los conflictos y nudos de decisión. Esto sucede con fuerte independencia relativa de factores tales como la ideología o el nivel económico y cultural de los demandantes. Incluso es un fenómeno que se refuerza en los sectores más integrados, más conscientes y con mayores niveles socioculturales.

A ello debe agregarse el también clásico fenómeno de la "rutinización de los carismas", no sólo por el paso del tiempo, sino por la creciente institucionalización del nuevo marco de actividades y de los procesos decisorios, así como por el ya señalado proceso de maduración y complejidad creciente de la sociedad y la vida cotidiana. Ello lleva a que los dirigentes de todos los niveles se vean solicitados de recomponer su legitimidad a través de la solución concreta de los problemas concretos que emergen en la coyuntura y no por sus logros anteriores.

Y lleva también a la utilidad decreciente de la referencia a los logros pasados como forma de postergar la atención de las nuevas demandas. Este fenómeno resulta aún más acentuado por la actual coyuntura crítica, la que implica nuevas y severas limitaciones al nivel de vida promedio de la población.

EL MODO DE PRODUCCION Y EL REGIMEN POLITICO

Hace ya varios años que en el Estado, el partido y la sociedad, se considera inconveniente haber adoptado más o menos globalmente el modelo soviético de "construcción del socialismo". Sin dejar de reconocer las ventajas obtenidas y las indudables diferencias entre ambas situaciones, se estima que ese fenómeno de "copia", como lo llaman, tuvo efectos negativos para el proceso socialista cubano. Los debates en curso implican tanto temas referidos a la organización económica, la gestión y la administración, como a otros aspectos institucionales y políticos.

No analizaremos en detalle esos diversos niveles, que incluyen evidentemente aspectos refe-

ridos a lo que en la teoría marxista se denomina el modo de producción material y también al plano del régimen político en sentido estricto. Lo que nos interesa señalar es la necesidad de separar en el análisis esos dos planos, para evitar la errónea asimilación entre ambos, como sucede muy a menudo.

En el análisis de las sociedades estructuradas por el capitalismo ya nadie duda de que es posible separar ambos planos. En particular, se poseen elementos teóricos que explican coherentemente cómo las relaciones sociales ligadas al modo de producción material se pueden reproducir empíricamente bajo formas de organización política tan diversas como la monarquía, las diversas formas de república, las dictaduras militares o el fascismo.

También para el análisis de los procesos socialistas es imprescindible introducir ese aporte metodológico. En concreto, es necesario postular teóricamente la autonomía relativa entre ciertos aspectos de las relaciones sociales de producción y las diversas formas de organización política, en particular las formas de garantizar el desarrollo de la democracia socialista.

De lo anterior se desprende que la propia maduración y complejidad de la sociedad cubana actual presiona en favor de la adopción de nuevos mecanismos de institucionalización del sistema político, que partan de su propia experiencia y de las limitaciones externas, y puedan atender las nuevas demandas que provienen de la sociedad.

Es indudable que los sistemas electorales, el modo de funcionamiento partidario y el sistema político en su conjunto, incluso el modo de organización del Estado y su relación con las organizaciones políticas y con la sociedad, pueden, al menos en teoría, sufrir diversas transformaciones sin que ello modifique *per se* las relaciones sociales de producción en su conjunto.

Desde un punto de vista analítico, parece posible sostener que existen actualmente en Cuba condiciones sociales y demandas subjetivas que presionan para la creación de espacios ins-

titucionalizados de tal forma que el debate y la confrontación política entre diversos grupos y sectores sociales se canalicen en forma regular y sin provocar necesariamente crisis o exclusión de algunos de los actores. La forma actual de relacionarse el Estado, el Partido y la diversidad de grupos sociales, parece contener rigideces y limitaciones que no sólo entorpecen algunos aspectos del desarrollo material, sino que limitan el aporte de la creatividad social.

Una mayor autonomía entre los diversos niveles mencionados y la creación de espacios legitimados para los sectores emergentes de la sociedad constituyen áreas estratégicas para el futuro del proceso cubano, no sólo en el plano político sino también como forma de procesar los difíciles desafíos de la actual crisis económica.

A MODO DE CONCLUSION INCONCLUSA

La configuración y la dinámica de los formatos políticos se relacionan con la naturaleza de la estructura socioeconómica y cultural de cada sociedad. Pero esa relación está lejos de ser mecánica y unidireccional, y además se ve intermediada por el contexto internacional y la voluntad política de los sectores estratégicos.

En este texto hemos analizado un conjunto de condicionantes **específicamente sociológi-**

cos que operan en el seno de la sociedad cubana y promueven pluralismo, democratización e institucionalización del sistema político vigente en las últimas décadas.

Sin embargo, estas tendencias enfrentan obstáculos provenientes del rápido y agudo deterioro de los niveles de vida de la población, de considerables inercias generadas por las prácticas anteriores, y del contexto internacional altamente agresivo e intervencionista que genera la política estadounidense hacia la isla.

Es difícil prever la forma concreta en que se articularán en el futuro dichas tendencias contradictorias. Pero cualquiera sea la fisonomía final que adopte el movimiento iniciado con la reciente reforma del sistema electoral, es indudable que sólo puede ser favorablemente influido por un cambio de fondo de la política norteamericana, en particular para facilitar que los procesos de apertura e institucionalización política no lleguen a afectar los excepcionales niveles de democratización social y cultural promovidos en la sociedad cubana por el proceso revolucionario. Conviene recordar que esta dimensión aparece como desoladoramente deficitaria en la casi totalidad de los países latinoamericanos, tengan o no regímenes democráticos, y sean o no exitosos en materia de crecimiento económico y reinserción internacional.

